

134. La fuerza del ¡Quiero!

Es interesante leer en la Biblia lo que le pasó a Dios con Isaías y Jeremías. Venía la catástrofe sobre el pueblo, y Dios, con su bondad de siempre, piensa en mandar profetas que avisen, corrijan, animen, y guíen a Israel y Judá. En el primer caso, se dice a Sí mismo: ¿A quién voy a enviar? Isaías, ni tardo ni perezoso, responde valiente: *¡Aquí estoy! Mándame a mí* (Isaías 6,8)

Con el otro no va a tener Dios tanta suerte. Jeremías, que escucha el encargo de Dios, comienza a temblar: *¿A mí, a mí me envías, Señor? Si soy un niño que no sabe ni hablar. ¡No, no, no me mandes a mí! Manda a otro...* (Jeremías 1,6-7)

Menos mal que ambos profetas hicieron caso a Dios. El decidido Isaías no presumiendo de sí mismo, y el tímido Jeremías poniendo su confianza en el Señor.

Tenemos aquí los dos tipos que nos representan lo que es nuestra vocación humana y cristiana para cada uno de nosotros. Dios nos quiere para algo en este mundo. Nos pone delante un destino. Nos señala un puesto en la vida. Nos llama para realizar una tarea concreta. Nos quiere a todos —de esto estamos muy ciertos— santos y santas en su Iglesia, a fin de obtener la vida eterna cargados de méritos. ¿Cuál es nuestra respuesta?

Ante los deberes que impone la vida en el trabajo, en la profesión y en el hogar, hay hombres y mujeres de mucha valía, y los hay también que valen muy poco. Los primeros, llenos de confianza, son los magnánimos, los distinguidos, los que hacen algo por sí mismos, por su familia, por la sociedad. Los otros, pusilánimes, son los cobardes, los perezosos, los poco arriesgados, los inútiles.

Ante los deberes de la vocación cristiana, hay también hombres y mujeres generosos con Dios y los hay muy tacaños con el Señor. Los primeros son los santos y santas, y los otros son los cristianos vulgares y rutinarios, que honran muy poco a Jesucristo.

¿Dónde está el secreto de una y otra actitud ante la propia vocación humana y cristiana? ¿Por qué unos triunfan en la familia y en la sociedad, y otros no? ¿Por qué hay cristianos de tanta valía en la Iglesia, y otros no salen nunca de una triste medianía?... Todo se reduce a esto: unos tienen confianza en sí mismos y en Dios, y otros se niegan a hacer cualquier esfuerzo.

Al ponernos Dios en el mundo nos hace una llamada a cada uno, nos señala un puesto en la vida, y nos da un carisma propio, es decir, nos da el sentido y la fuerza para cumplir el cometido que Él nos encomienda.

Por parte de Dios, su colaboración con nosotros es segura. Dios no nos deja solos ni en el trabajo, ni en el campo, ni en el taller, ni en la oficina, ni en el hogar. Lo que hará falta para salir un especialista en el trabajo o la profesión, lo mismo que para ser un excelente esposo o una estupenda mamá, será únicamente nuestro esfuerzo por conseguir esa perfección que exige nuestro propio estado.

Se ha dicho muchas veces que la palabra “¡Quiero!” tiene una fuerza inmensa. No hay poder que se resista ante una voluntad enérgica en cualquier orden de la vida, como nos lo demuestran tantos y tantos casos de la Historia, llenos todos de un gran valor humano y cristiano.

Aquella pobre muchacha llegaba a la Capital francesa hecha una calamidad. Se ilusiona con mirarse en el espejo de la primera estrella del teatro: “¡Una artista!”, y París se rinde a sus pies. Hastiada de aquella vida, se propone un nuevo ideal: “¡Una santa!”, y aquella pobre Magdalena recorría en doce años una carrera que podría parar en los altares... Así fue Eva Lavallière.

Aquel músico empieza a notar los signos de la sordera. *¿Yo sordo? ¿Yo sin poder escuchar ya nunca una melodía? ¡Qué triste vida va a ser la mía en adelante!* Pero se sobrepone, y lanza estas palabras enérgicas: *¡Agarraré el destino por el cuello!* Quedó sordo como una tapia. Y, sin embargo, con una voluntad tenaz y una paciencia sobrehumana, escribió páginas sublimes el músico más grande... Así fue Beethoven.

Aquel soldado había llevado una vida ligera y no soñaba más que en gloria y amores. Con la pierna rota por el estallido de una granada, está convaleciente y aburrido, sin más libros para distraerse sino vidas de Santos. Y se le mete en la cabeza: *Esto que hizo San Francisco lo voy a hacer yo. Esto que hizo Santo Domingo lo haré yo también.* Con voluntad de hierro, empezó su nueva tarea... Así fue Ignacio de Loyola.

Estas lecciones magníficas nos da Dios en la vida. Continuamente vemos a nuestros lado a tantos y tantas que luchan como titanes para triunfar —en el estudio, en el trabajo, en el hogar, en su piedad, en el apostolado, ¡siempre las mismas palabras y los mismos quehaceres!—, y lo consiguen con un gran esfuerzo de su parte y con esa ayuda de Dios que nunca les falta.

Cuando los vemos, si somos nobles nos estimulamos con las consabidas palabras de Agustín: *Lo que éstos y éstas hacen, ¿por qué no lo voy a hacer yo?...*

De este modo, nuestra vida se rinde gloriosamente a un ideal. No somos esclavos de caprichos, sino del deber. No nos contentamos con la medianía, sino que queremos descollar. No nos resignamos a ser enanos, sino hombres y mujeres de talla superior ante nuestra propia conciencia, ante la sociedad y ante Dios.

El Papa Pío XII había dicho una vez: *Vale más vivir heroicamente que vivir cómodamente.* Y los héroes no se hacen solamente en las guerras. Los mayores héroes son los que triunfan de sí mismos en la conquista de su ideal. Dios los llamó como a aquellos dos profetas. Y con una gran confianza en sí mismos, y con una mayor confianza en Dios, consiguen todo lo que se proponen. Saben responder plenamente a su vocación humana y cristiana.